

III.

Cita misteriosa.—Vacilacion de Buridan.—Buridan y Gauttier d'Aunoi.—Buridan es introducido en la Torre de Nesle.—Orgía.—Asesinato.—Buridan se salva.—Terror de Margarita de Borgoña.

Buridan, á pesar de la resolucion que habia tomado de dejar algo á la aventura y de afrontar el peligro, estaba muy preocupado cuando volvió á la hostería del Cisne de Oro.

Buscaba algun medio para manifestar á Margarita, que tratándole como á los demas jóvenes que en los últimos tiempos habian servido á sus placeres, era mas segura su pérdida, que dejándole bienés y desdenándole.

Y hácia el medio dia, estaba sumergido en esas reflexiones, cuando el hosteleiro llamó á la puerta de su cuarto, para anunciarle que queria hablarle una muger.

—Una muger!—dijo Buridan!—que entre.

Y, aunque esa visita no parecia anunciarle ningun peligro, llevó instintivamente la mano á su cintura, para asegurarse de que tenia su espada.

La muger se presentó.

Era una especie de gitana ya vieja, y cuya tez cobriza descubria su origen meridional.

—Señor,—le dijo,—sois el caballero Juan Buridan?

—En efecto ese nombre y ese titulo son míos.

—Entonces, no debe sorprenderos la visita da una persona desconocida.

—Por Dios que acostumbro no admirarme de nada, y no tener miedo á nadie.

—Siendo así, no dudaréis en ir en cuanto dé la queda al Prado de los Escribientes cerca del rio.

—Al Prado de los Escribientes! ¿Es esta una cita para un combate?

—No, señor, es una cita de amor; y me han dicho que bastaria deciros esas palabras, para que comprendierais lo demas.

—En efecto, comprendo todo lo demas; pero por mi alma! que el lugar me parece singularmente escogido.

—No estaréis allí mas que un instante, el tiempo necesario de entregar vuestra espada á quien os la pida, y de sufrir que os venden los ojos.

—Mi espada?

—Es una condicion impuesta por la persona á quien no conozco; pero á quien seguramente conoceis.

—Sí, sí... la conozco... y en ese rasgo sobre todo.

—Acabais de decir, señor, que no os admirais de nada, y que no teneis miedo de nadie.

—Y por Dios y por el diablo que he dicho la verdad!

—Entonces, vendreis?

Buridan frunció el ceño y no respondió; de repente su rostro se iluminó con un relámpago de alegría, y exclamó:

—Iré, muger!... Iré, y daré mi espada; iré y me dejaré vendar los ojos.

—Voy á dar vuestra respuesta.

—Y á quien vais á llevarla?

—A quien me dió el encargo que acabo de cumplir.

—Una palabra mas, una sclá...

—Ni una.

—Una, que pagaré con un escudo de oro.

Los ojos de la gitana chispearon al aspecto del escudo de oro, que Buridan acababa de sacar de su escarcela.

—Cuál es esa palabra,—preguntó.

—Quién os envia? un hombre ó una muger?

—Es un ángel, cuando no es un demonio.

—Oh! es ella,—esclamó Buridan,—es Ma... .

Aun no habia acabado, cuando la gitana bajaba rápidamente la escalera, llevando el escudo de oro que habia tomado, ó mas bien arrancado de la mano de Buridan.

Miéntas que esto pasaba, dos jóvenes estudiantes de la Sorbona, volvian al miserable desvan que era su domicilio en la calle de S. Julian el Pobre. (1)

Eran hermanos.

El mayor tenia veinte años y se llamaba Pablo Gourbelean; el otro tenia diez y nueve años y se llamaba Germer.

Los dos eran grandes, bien formados, de unas caras encantadoras, comenzadas á sombread por un bozo negro, que hacia saltar en relieve sus hermosos rostros, completando esa fisonomía masculina que anuncia fuerza y salud.

Acababan de entrar en la especie de taberna que estaba establecida al ras de aquel chiribitil, y los dos se habian sentado en la misma mesa; pero no pidieron ni jarra ni pan duro; sus escarcelas estaban vacías, y ese dia era para ellos dia de ayuno forzado.

(1) En el momento en que se escribian esas líneas, aun ecsistia aquella calle del Viejo Paris, que pronto debia desaparecer para dejar lugar á los nuevos edificios del Hôtel-Dieu.

Al principio, permanecieron mudos y pensativos; pero al cabo de algunos instantes, el primogénito, tocando la mesa con la mano, exclamó:

—Oh! madre Juana!

La madre Juana era la dueña del lugar, vieja megera encogida, que por un sueldo habria vendido su alma á Satanàs.

—Qué hay, queriditos?—preguntó aquella prometida del diablo, yendo cojeando á la mesa en que estaban sentados los dos estudiantes.

—Hay, madre Juana, que somos hijos de M. Gourbelean, prevoste del rey nuestro señor, de la ciudad y senescalia de Vernon, lo cual no podeis ignorar, puesto que nuestro digno padre ha venido á pagar las deudas de sus queridos hijos.

—Me acuerdo de eso, queridito,—interrumpió madre Juana,—que adivinaba perfectamente la peroracion que venia despues del escordio; pero tambien me acuerdo de que el digno hombre me declaró que en lo de adelante seria ménos paternal, y que si abria yo crédito á sus amados hijos, como decis, no soltaria ni un dinero, pues pretende que debeis vivir como caballeros con los tres sueldos parisienses que os da cada dia.

—Que la peste ahogue á la megera!—exclamó Pablo;—no queriamos mas que una jarra de vino y una tajada de tocino, y cien veces te lo hubiéramos pagado, maldita!

—Enseñadme dinero, querubines míos, é incontinentè se abrirá la cantimplora para serviros; si no, somos vuestra criada sin mas ni mas.

Cuando la madre Juana acababa de hablar, entró una muger en la sala en que pasaba la escena.

—Haceis muy mal,—dijo al entrar, en rehusar á estos lindos estudiantes una tajada de tocino, y una jarra de vino; que se les sirva inmediatamente, y que me cambien ese escudo de oro, tomando el precio de la comida.

Germer murmuró:

—El diablo me lleve si sé de donde me viene este regalo!

—Y, qué importa de donde vienen las cosas cuando son buenas,—respondió la recien venida, que habia adivinado las palabras de Germer, mas bien por el movimiento de sus lábios que por el sonido de su voz.

—Es verdad!—dijo Pablo; esa es una buena razon deducida en pocas palabras. Vengais de donde vengais, sed bien venida, y que la madre Juana traiga tres cubiletes.

Servido el vino y cambiado el escudo, Pablo, que como primogénito debia tomar la iniciativa, preguntó á la desconocida la causa de su munificencia con él y con su hermano, que nunca le habian visto.

Nosotros debemos decirlo aquí, aun cuando ciertamente, es una cosa adivinada por la mayor parte de nuestros lectores, esa providencia de los dos estudiantes, que los hacia romper tan generosamente el ayuno á que parecian condenados, era precisamente la gitana que salia de ver á Buridan.

—Escuchad, hijos míos,—dijo con una especie de uncion; sois hermosos, jóvenes, y debeis ser valientes; porque esta mañana se os ha visto jugar el puñal en el Prado de los Escribientes, y combatir con éxito dos contra cuatro. Dos damas de elevada clase, jóvenes y bellas, encantadas con vuestra hermosura, os convidan, para esta noche á los placeres de un festin como nunca se hacen en el cuartel de las escuelas.

—Por San German mi patron!—exclamó el mas jóven de los dos hermanos,—que yo tenia un presentimiento de que este encuentro nos traeria felicidades.

—Y sin duda, nos diréis quiénes son esas damas espertas que han hecho tan buena eleccion,—preguntó Pablo, quien no erraba en su primera aventura.

—En cuanto á eso, ni una palabra, respondió la gitana; todo lo que puedo decir es, que no son hienas que se comen á las gentes.

—E imagino que no serán tan mudas, que no tengamos el gusto de oir sus dulces acentos. Arreglado. Llor á las escuelas! y hagamos honor al festin y á los encantos de esas hermosas. De beber, hermano!

—Aun no lo he dicho todo, saide,—dijo la gitana. Hay ciertas condiciones.

—Veamos las condiciones; es justo, cada uno tiene su derecho.

—En primer lugar, un poco ántes de la queda iréis al Prado de los Escribientes, al mismo lugar donde os acuchillásteis tan valientemente esta mañana. Podeis ir con espadas, con dagas, ó con puñales; pero allí, los entregaréis á quien os los pida, os dejaréis vender los ojos, y conducir al lugar donde se os espere.

—Cáspita!—exclamó Pablo,—cuántas cosas en tan pocas palabras!

—Sí, pero sin violencia podeis decir *no*.

—Prometedme que no se me separará de mi hermano,—dijo Germer.

—No se os separará sin vuestro consentimiento.

—Pues bien, hermano, en cuanto á mí, acepto.

—Es cosa arreglada,—dijo Pablo;—porque por mi parte, tengo mucha curiosidad de ver el fin de la aventura para renunciar á ella. Conque, honremos el vino de la madre Juana, esperando otra cosa mejor.

La gitana se retiró visiblemente satisfecha, y los dos estudiantes continuaron bebiendo, hablando de las consecuencias probables de una aventura que comenzaba de un modo tan singular.

Ya se ve que Orsini no perdía el tiempo.

Es porque era previsor y siempre tenia provision de informes, á fin de que Margarita y sus cuñadas tuvieran siempre á quien hablar, en un caso imprevisto.

Debemos decir ahora cuál era el pensamiento repentino que imprudentemente habia descargado la frente de Buridan, y hecho cesar la vacilacion que habia manifestado al principio; y es, que creia haber hallado un medio para impedir que la reina de Navarra hiciera con él lo que con los otros jóvenes que le servian de pasatiempo.

En cuanto la gitana salió de su aposento, escribió algunas líneas, que puso bajo un sobre y que selló con cuidado; luego fué al Louvre á ver al capitán de

guardias Gauttier d'Aunoi, à quien pidió una conferencia particular, que el capitán le concedió sin dificultad.

—Señor,—le dijo cuando estuvieron solos—vos sois caballero y fiel servidor de nuestro señor el rey Felipe IV.

—Por esos títulos está Gauttier d'Aunoi siempre pronto á verter su sangre.

—No lo dudo, y voy á hacérosle ver, fiándome en vuestra palabra en un asunto muy grave.

—Ya escucho.

—Lo mismo que vos, soy gentil-hombre y caballero. En este momento á vos y á mí nos amenaza un peligro. Cómo es esto? No podré decíroslo; pero si no me salvo de ese peligro, puedo hacer que os salveis, y para eso he venido á hablaros.

—Señor, Gauttier d'Aunoi, no teme ningun peligro cuando tiene su espada al cinto.

—Caballero, eso es muy bueno cuando se tiene al enemigo al frente; pero ahora no sucede así, y puedo esplicarme mas. Mirad esta carta que os entregaré, si me prometéis por vuestra fé y por vuestro honor no abrirla sino en el caso en que no me hayais vuelto á ver mañana al medio dia, y la que me devolveréis sin haberla abierto, sin volver antes de que espire ese plazo. Si no me volvéis á ver, el contenido de esta carta os dirá lo que no puedo deciros en este momento; si vuelvo, el peligro habrá pasado para vos y para mí, y quemaremos la carta sin abrirla.

—Hé aquí una cosa muy misteriosa, caballero; pero algunas veces, lo sé, el misterio tiene su precio.

—Acceptais?

—Por mi fé y por mi honor os prometo hacer lo que queréis, y juro por mi salvacion que antes de las doce de la mañana, ni otro ni yo romperemos el sello de esta carta, y que os será entregada intacta si volvéis antes de ese momento. Es esto lo que queréis?

—No escijo mas.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, quizás; pero suceda lo que suceda, ya no teneis nada que temer.

Despues de esta entrevista, Buridan volvió á su habitacion, mucho mas tranquilo de lo que habia salido de ella; y convencido de que habia conjurado el peligro, esperó sin temor la hora de la queda.

En cuanto llegó la noche, Pablo y Germer, impacientes por ver el desenlace de la aventura, se encaminaron al Prado de los Escribientes, bañados, perfumados, y vestidos con sus mejores trages.

—Vaya una cosa muy estraña!—dijo Germer.

—Estraña, sí,—respondió Pablo,—pero de apariencias seductoras.

—No sospechas, hermano mio, quiénes pueden ser esas grandes señoras que conducen tan diestramente los negocios del amor?

—No; pero de seguro que no son bribonas vulgares.

—De qué lo juzgas así?

—Del estado de nuestra hacienda, que no nos hubiese permitido comer hoy, si la Providencia no nos hubiera ayudado bajo el rostro de aquella mensajera. Esa muger conoció nuestro estado respecto del capricho importante de amor y de guerra, y mucho me engaño si eso no la ha causado mas placer que compasion. Las gentes ordinarias ó las muchachas locas, no habrian tomado la cosa de ese modo.

—Es verdad! tienes razon! Pero acaso son viejas ó feas.

—En este caso, si hay buena mesa y buen vino, me siento capaz de perdonarlas; pero no hay nada de aquello y la fiesta será completa.

—Eso es lo que pronto sabremos; porque ya van á dar las nueve, y no estamos ni á cien toesas del sitio designado.

Algunos instantes despues llegaron al lugar en que la misma mañana habian reñido con algunos hombres de la ciudad, y apenas llegaron allí, cuando á la luz de un rayo de la luna que pasaba entre las nubes, vieron que la gitana se dirigia á ellos.

Era una italiana, alma condenada de Orsini, quien con algunos hombres escogidos y probados por el astuto astrólogo, secundaba á este en el cumplimiento de sus siniestras funciones.

—No habeis olvidado vuestros convenios?—les dijo.

—No, respondió Pablo,—y para simplificar la operacion, hemos venido sin dagas y sin cuchillos.

—Eso es obrar como valientes compañeros. Voy á vendaros los ojos.

—Hacedlo lo mas pronto posible.

—Y os dejaréis conducir.

—Hasta el infierno si nos llevais allá.

—Gentil compañero, si vais, no será sin pasar por el paraíso... He concluido. Ahora, dadme la mano, y andad.

Despues de haber caminado durante algunos momentos, despues de haber oido muchas puertas rodar sobre sus goznes, y subidos los peldaños de una escalera, entraron en una pieza, en que llegó á sus narices el olor de los manjares mas deliciosos.

—Hum!—hizo Germer.—Mé aquí un agradable prelude.

—Y dudo,—dijo Pablo,—que en casa del diablo haya tan buena cocina. ¿No nos desvendais en este lugar tan bueno?

—Tened paciencia, jovencitos; aun tenemos que andar otro poco.

Abrióse una puerta mas.

Los tres entraron en otra pieza.

Allí cayeron las vendas de los estudiantes.

La gitana desapareció.

Grande fué la sorpresa de los dos hermanos, al verse en una sala magnífica y tan maravillosamente iluminada, que sus ojos saliendo de una profunda oscuridad, apenas podían soportar tanto resplandor.

Una mesa en que había seis cubiertos, estaba admirablemente dispuesta.

Colocados en ricas cazoletas ardian deliciosos perfumes en las dos estremidades de aquella sala, toda llena de preciosos tapices y de voluptuosos muebles.

—Hé aquí, sin duda,—dijo Pablo á media voz,—una muestra del paraíso que nos prometió nuestra conductora.

—Pero no veo á los ángeles que nos han llamado á él,—dijo Germer.

—Mira lo que creo que anuncia su próxima aparición,—respondió Pablo señalando la mesa,—y á fé mia que, ángeles ó demonios, les daré la bienvenida.

—Sospechas cuál es el lugar en que nos hallamos?

—Seria difícil. Afuera, la oscuridad es tan profunda, que desde esta ventana no se ve absolutamente nada; pero de seguro que estamos en buen lugar, y quien viva lo verá.

—Y no es ménos cierto que estamos perfectamente dispuestos á hacer las cosas.

—Bien valemos la pena!

—Orgullosol

—Es mi opinion, y todo anuncia que tambien es la tuya. Si quieres quedar bien, es preciso que te convenzas de ello.

En ese momento rodaron en un triángulo dorado, los anillos de una rica mampara, y por ella aparecieron dos mugeres, jóvenes, resplandecientes de gracia y de belleza, y tan galantemente vestidas, que sus deliciosas formas habrían condenado á los santos.

Eran Blanca y Juana.

Los estudiantes se quedaron mudos de sorpresa y de admiracion.

Con todo, Pablo se serenó muy pronto, y acercándose á Blanca quien le sonreía, tomó una de sus manos y la besó, y luego, arrodillándose, la dijo con emocion:

—Dios mio! Si esto es un sueño, haz que nunca me despierte!

Blanca le preguntó riendo:

—Acaso en las escuelas aprende uno á soñar despierto?

—Lo que es cierto, señora, es, que las cosas mas bellas que se pueden aprender allí, no valen ni una sola de vuestras miradas.

—Hermoso pasante, quiero que os sentéis á mi lado, para que en los postres me repitais eso.

Pablo estaba enteramente tranquilo; comprendió que la dama queria aprovechar el tiempo, y obró en consecuencia de ello.

Allí cayeron las vendas de los estudiantes.

La gitana desapareció.

Grande fué la sorpresa de los dos hermanos, al verse en una sala magnífica y tan maravillosamente iluminada, que sus ojos saliendo de una profunda oscuridad, apenas podían soportar tanto resplandor.

Una mesa en que había seis cubiertos, estaba admirablemente dispuesta.

Colocados en ricas cazoletas ardian deliciosos perfumes en las dos estremidades de aquella sala, toda llena de preciosos tapices y de voluptuosos muebles.

—Hé aquí, sin duda,—dijo Pablo á media voz,—una muestra del paraíso que nos prometió nuestra conductora.

—Pero no veo á los ángeles que nos han llamado á él,—dijo Germer.

—Mira lo que creo que anuncia su próxima aparición,—respondió Pablo señalando la mesa,—y á fé mia que, ángeles ó demonios, les daré la bienvenida.

—Sospechas cuál es el lugar en que nos hallamos?

—Seria difícil. Afuera, la oscuridad es tan profunda, que desde esta ventana no se ve absolutamente nada; pero de seguro que estamos en buen lugar, y quien viva lo verá.

—Y no es ménos cierto que estamos perfectamente dispuestos á hacer las cosas.

—Bien valemos la pena!

—Orgullosol

—Es mi opinion, y todo anuncia que tambien es la tuya. Si quieres quedar bien, es preciso que te convenzas de ello.

En ese momento rodaron en un triángulo dorado, los anillos de una rica mampara, y por ella aparecieron dos mugeres, jóvenes, resplandecientes de gracia y de belleza, y tan galantemente vestidas, que sus deliciosas formas habrían condenado á los santos.

Eran Blanca y Juana.

Los estudiantes se quedaron mudos de sorpresa y de admiracion.

Con todo, Pablo se serenó muy pronto, y acercándose á Blanca quien le sonreía, tomó una de sus manos y la besó, y luego, arrodillándose, la dijo con emocion:

—Dios mio! Si esto es un sueño, haz que nunca me despierte!

Blanca le preguntó riendo:

—Acaso en las escuelas aprende uno á soñar despierto?

—Lo que es cierto, señora, es, que las cosas mas bellas que se pueden aprender allí, no valen ni una sola de vuestras miradas.

—Hermoso pasante, quiero que os sentéis á mi lado, para que en los postres me repitais eso.

Pablo estaba enteramente tranquilo; comprendió que la dama queria aprovechar el tiempo, y obró en consecuencia de ello.

Germer por su parte, siguiendo el ejemplo de su hermano, tomó también una de las manos de Juana, y la colocó sobre su corazón, diciéndola:

—Señora, suceda lo que suceda, en lo de adelante no palpitará sino por vos.

—Eso es moneda de estudiante,—respondió Juana;—pero quiero creerla de buena ley, á lo ménos hasta mañana.

—Oh! siempre, siempre!

—Qué niño sois! Siempre, en amor, no es mas que una palabra, y á veces un instante vale por toda una eternidad. Ya buscaremos ese instante.

Cuando acababa de hablar, entró Margarita de Borgoña, acompañada de Buridan, quien á su llegada fué conducido inmediatamente al lado de Margarita, de la reina de Navarra.

Aunque Buridan habia sido introducido con las mismas precauciones que los pasantes, adivinó donde le llevaban; pero creia no hallar allí mas que á Margarita, y no pudo evitar un movimiento de sorpresa y casi de espanto al ver á los otros cuatro personajes.

—Qué tienes, mi Buridan?—le preguntó la hermosa reina con su voz acariciadora.—No conoces que los placeres son mas vivos cuando se dividen con otros? He querido que nada faltase á esta noche para que fuera deliciosa. Pongámonos á la mesa, y que reine la confianza.

Esas palabras no tranquilizaron mas que á medias al amante de Margarita.

La presencia de los dos estudiantes le parecia un mal presagio, porque él sabia bien de dónde salian todos los cadáveres hallados hacia algun tiempo en el Sena, y se decia que, puesto que no se temia la indiscrecion de aquellos dos jóvenes, era probablemente porque se proyectaba ponerlos en la imposibilidad de no revelar nada.

Y ademas, en semejante caso, tan facil era matar á dos como á tres.

Margarita, al verle pensativo, le tomó en sus brazos, y estrechándole contra su corazón, le dijo:

—Ingrato! ¿Es preciso que yo sea quien os pida un beso?

—No sabes cuanto te amo, Margarita!

—Oh! palabras! palabras! cuando arden mis labios y mi corazón!

Pusiéronse á la mesa.

Las copas se llenaron de los mejores vinos, y mil frases de amor salieron de todas las bocas.

Luego, las manos y los labios se buscaron, y todos, bajo el imperio de la doble embriaguez del amor y del vino, se creyeron trasportados á un mundo desconocido y lleno de delicias.

Todos, es mucho decir, porque Buridan, aunque afectaba participar de todos los trasportes de su querida, habia conservado su sangre fria.

Y aprovechándose del momento en que Margarita habia llegado al mayor grado de expansion que la orgía le habia inspirado, se inclinó á su oído, y le dijo:

—Margarita, qué van á hacer de esos dos jóvenes?

